



Las revoluciones < de la modernidad

La revolución clásica de la modernidad ha sido la Revolución Francesa, la más notoria de las revoluciones liberales. Sin embargo, a lo largo de dos siglos, las revoluciones han mutado tanto en sus objetivos, como en sus protagonistas y en los métodos usados para alcanzar el poder. La siguiente gran revolución fue la Revolución Soviética, iniciadora del llamado “socialismo real”, pero a lo largo del siglo veinte y de los años que corren, el modelo de revolución proletaria se produjo en condiciones distintas, como en el caso chino, y mutaron tanto los objetivos de los movimientos como las características sociales de los protagonistas. Las revoluciones de liberación nacional han tenido bases sociales heterogéneas y, además, en las sociedades del primer mundo, el proletariado ya no es mayoritariamente compuesto por la clase obrera clásica. Las condiciones propuestas por el marxismo, en términos de conciencia de clase también mutaron y esto, sumado al fracaso del socialismo real, ha trasladado el escenario de las revoluciones a propuestas menos ideológicas y a movimientos populares de composición muy variada.

La palabra “revolución” causa inquietud a los científicos sociales. Designa tantos tipos de cambio que puede generar perplejidad. Cuando un concepto es tan amplio, es difícil poner límites que separen claramente un fenómeno de otro. Se habla de revolución para cambios súbitos y profundos, pero también cuando de cambios evolutivos se trata. En unos casos, las transformaciones que designa son notorias hasta para el observador más superficial y desprevenido. En otros casos, se trata de sutilezas cuya diferencia clara sólo se ve como producto acumulado en lapsos largos.

De otra manera, el estudioso, lo mismo que el hombre común, se encuentra con la “Revolución Francesa” (o con la Soviética, la China o la Cubana) y al tiempo, con la “revolución de los managers” o con “la revolución de la minifalda” o con la de la Internet. En todos los casos se alude a cambios, pero diferentes en profundidad, alcance, tiempo y consecuencias. Transformaron muchos aspectos de la vida o sólo uno. Dieron origen a una estructura social y política nueva o sólo maquillaron un aspecto superficial.

En este trabajo se entenderá el concepto como revolución política y social. Como transformación que trastoca el orden económico – social, o el político, o ambos. Se entenderá tal como se usa para nombrar las revoluciones liberales, tales como la británica del siglo XVII, la americana y la francesa del XVIII, o las revoluciones socialistas

Mg. ARMANDO BORRERO MANSILLA

Sociólogo, Magister en Derecho Constitucional y en Ciencia Política. Investigador del CEESEDEN en el proyecto “Mutación de las Revoluciones en el siglo XXI”

Correo electrónico:
borrero@esdegue.mil.co

Recibido:
02 de mayo de 2013

Evaluated:
10 de mayo de 2013

Fecha de aprobación:
22 de mayo de 2013

Tipología:
Artículo científico

Palabras claves:
Clases sociales, ideología, marxismo, liberalismo.

del siglo XX, que se iniciaron con la soviética de 1917, o transformaciones de otro orden, religioso – político, por ejemplo, como la revolución iraní de 1979. En todo caso, transformaciones de aliento, las que subvierten un orden y emprenden la construcción de uno nuevo. Algunas, las más, con violencia y otras pacíficas o con violencia muy limitada.

La reflexión que se hace, pretende distinguir y aislar rasgos propios de los distintos tipos de revolución y de las distintas circunstancias históricas y temporales en las que se producen, para marcar la evolución y las mutaciones que han sufrido los procesos de las mismas. Se trata de introducirse a la explicación de porqué “la manera” de hacer una revolución en el Siglo XIII o en el XIX, no es replicable en el XXI, ni en los medios, ni en los protagonistas, ni en los objetivos y resultados. Para hacerlo, se tiene el material histórico y se tienen los métodos comparativos. Las preguntas pertinentes son variadas, pero interesan sobre todo algunas como: ¿Quién o quiénes inician las revoluciones? ¿Quiénes la llevan a cabo? ¿Cuál es la búsqueda central de las revoluciones, o sea, la propuesta o el diseño nuevo de sociedad o de orden político? ¿Cuáles son los medios elegidos para adelantarla?

➤ Las revoluciones liberales como antecedentes

Las primeras revoluciones de la modernidad fueron las revoluciones liberales. La revolución inglesa del siglo XVII, especialmente la “glorious revolution” de 1688, dio origen al primer Estado garantista. Un Estado que garantizaba los derechos individuales, la primera generación de derechos, los denominados como subjetivos. La revolución americana del siglo XVIII, crea un Estado liberal pero su sentido es diferente, en tanto ruptura de lazos políticos con la metrópoli y en tanto creadora de un régimen republicano y constitucional. La revolución francesa que la sigue pocos años después, es otra historia porque en ésta juegan un papel decisivo las clases sociales, la ideología, la utopía de un orden nuevo que

rompe violentamente con el pasado (lo que no sucede del todo en la americana y mucho menos en la inglesa). Revolución clásica, la francesa, es en la forma, antecedente de muchos rasgos de las revoluciones subsiguientes y especialmente de las socialistas del siglo XX.

De la revolución inglesa se puede recoger, con algunas reservas, la apreciación de André Maurois en las conclusiones de su historia de Inglaterra, cuando escribe: “*pero la potencia de adaptación del pueblo inglés es igual a su conservatismo. Siempre la institución antigua reconoce, acepta y asimila las nuevas fuerzas*”. De esta manera, nunca hubo en Inglaterra verdadera revolución. Las breves revueltas que escalonan esta historia no fueron sino ondas en un océano y “*la gloriosa revolución de 1688, nada más que un cambio de firmas*”.¹

Las revoluciones inglesas del siglo XVII no fueron ajenas a los conflictos sociales, pero el énfasis de su desarrollo y resolución se dio en el equilibrio de poderes entre parlamento y monarquía, dentro de una tradición inglesa en la cual la monarquía absoluta no se consolidó del todo (el origen del parlamento se remonta al medioevo). De la revolución americana puede decirse que comenzó con la propia colonización. Los “padres fundadores” fueron inmigrantes por rebeldía y el sistema británico de colonizaciones a cargo de compañías económicas, determinó la formación de colonias con un grado de autogobierno considerable y libre de rezagos aristocráticos, factor que diferencia la sociedad americana de la sociedad metropolitana, la británica².

La guerra de independencia rompe los lazos políticos con la monarquía inglesa, pero reafirma la democracia política de la sociedad nueva, específicamente americana. La revolución se da en el ámbito de diseñar unas instituciones de

1 MAUROIS, André. Historia de Inglaterra. Ediciones ERCILLA, Santiago de Chile, 1941, pp. 480.

2 KAHLER, Erich. Historia Universal del Hombre. Fondo de Cultura Económica, México, 1968, cf. Sobre el carácter de la sociedad norteamericana, en el capítulo Anarquía y Trascendencia del Mundo Secular, pp. 293.

gobierno nuevas: un régimen republicano, una forma federal para respetar la autonomía relativa de las colonias, un rey “electivo”, el presidente, cabeza de estado y gobierno, y un congreso que representará, simultáneamente, a los estados de la federación y al pueblo.

La revolución francesa fue una ruptura violenta, Francia fue la nación de la monarquía absoluta moderna en su máximo esplendor. La nobleza no se había visto obligada a negociar el poder con la burguesía emergente, por lo menos no la mayor tajada del poder político. Sin embargo, la administración centralizada desarrollada por esa monarquía absoluta en el siglo XVII y que tenía, entre otras funciones, controlar a la nobleza y separarla del poder político, perdió eficacia en el siglo siguiente. La corte no sólo logró llegar a la cima del gobierno mediante el control de los ministerios tras el reinado de Luis XIV, sino que la burguesía, aupada por el “rey sol” al gabinete, fue ennoblecida y sus descendientes transformados en dinastías nobles nuevas que heredaron cargos y prebendas. Los intendentes mismos, que desde el siglo XIV habían sido instrumento real para el control de la nobleza de provincia, ya ennoblecidos asumieron un carácter nuevo.

Son diferentes, pues, las revoluciones liberales. Incluso, son diferentes en las formas de violencia ejercida, cuando hubo violencia para imponer los cambios. Los procesos británicos el siglo XVII implicaron violencia política y una guerra civil en dos etapas³. La revolución americana de independencia, una guerra con repercusiones internacionales porque envolvió a Francia y España, cuyo apoyo a los independentistas reflejaba las luchas de poder en Europa. La revolución francesa fue todo: guerra contra las monarquías europeas que veían en la revolución lo que efectivamente fue: el fin de la monarquía absoluta y la entronización de un régimen republicano; fue también guerra civil y violencia social, guerra de clases sociales, guerra de religión,

guerra ideológica. La revolución francesa quiso cambiarlo todo en nombre de la razón. Derribió la vieja estructura social y su orden político y fue hasta el ordenamiento de lo cotidiano en su afán de destruir el antiguo régimen (el calendario, las medidas, los usos sociales, las mentalidades y el arte). Estremeció al mundo, fue un drama proyectado a los cuatro puntos cardinales.

Tan dramática como su concreción política fue su concreción social. Si la revolución americana condujo a un cambio de gobierno, la francesa fue “una subversión total de la sociedad”, como lo expresó Alexis de Tocqueville. La sociedad francesa había conservado más rezagos feudales que la británica y en 1789 había llegado a punto de choque frontal contra el inmovilismo, sin los amortiguadores sociales que había conservado la Gran Bretaña, donde el feudalismo fue más laxo y sin la democracia política de las colonias americanas. Todo hizo que la revolución francesa fuera insurreccional, sangrienta, tumultuosa y subversora no sólo de Francia, sino de buena parte de Europa⁴.

> ¿Quiénes hicieron las revoluciones?

Las revoluciones tienen protagonistas variados: clases sociales, grupos oligárquicos, instituciones enfrentadas, gremios económicos, partidos políticos, partidos regionales, movimientos regionales, grupos etarios, sectas conspiradoras, movimientos religiosos y la lista puede ir más lejos. Los mencionados, además, no son mutuamente excluyentes y las combinaciones posibles son frecuentes. El interés de este trabajo se orienta a las revoluciones políticas del siglo XX en adelante y por eso se hará énfasis en los papeles desempeñados por clases sociales, por movimientos de liberación nacional, por partidos políticos y por movimientos religiosos.

3 Sobre las guerras civiles inglesas del siglo XVII, véase el período de la Restauración de Cromwell, en: Maurois, op.cit. Libro Quinto.

4 MANFRED, A. La Gran Revolución Francesa. Editorial GRIJALBO, México, 1964, pp. 91.

Entre las revoluciones antecedentes de las contemporáneas, la revolución Francesa ocupa, por derecho indiscutido, el sitio de la revolución modelo entre todas las de la modernidad. La Revolución Francesa no se limitó a Francia. Su influencia es de alcance universal: ... “pero también así se explican el estremecimiento que sintió el mundo y la resonancia de la Revolución Francesa en la conciencia de los hombres de nuestro siglo. Este recuerdo, por sí solo, es revolucionario: todavía nos exalta”⁵. Con estas palabras termina Albert Soboul su ensayo sobre la revolución, en 1965. No hace falta explicarlo. Todos, de alguna manera, tienen (tenemos) la misma exaltación cuando se evoca el periodo iniciado en 1789.

¿Cuál es la gran diferencia? La Revolución Francesa movilizó grandes masas en su favor o en contra. Se propuso una renovación social, económica, política y cultural como ninguna otra antes, desbarató el orden internacional, provocó más de dos décadas de guerras intensas en suelo europeo y su influencia presidió, en lo ideológico, las revoluciones iberoamericanas. Muchas de sus instituciones perviven en los estados nacionales de hoy. En 1989 se celebraron los 200 años de la toma de la Bastilla. En ese mismo año, los jóvenes chinos marcharon por sus ciudades exhibiendo las consignas de su movimiento y no se puede negar que éstas eran herederas de la Revolución Francesa. Eran consignas liberales 200 años después de ese “esfuerzo convulsivo y doloroso, sin transición, sin precaución, sin miramiento”.⁶

La “gran diferencia”, la participación popular, se reveló nítidamente desde el primer momento. Cuando en junio de 1789 el rey concentraba tropas leales en Versalles y en París, el pueblo se preparó para la lucha y el 12 de julio, cuando se supo que el rey había despedido al ministro Necker⁷ considerado reformista, los parisinos se

lanzaron a calles y plazas. Los primeros choques empezaron el 12 y el 13. El pueblo asaltó armerías y arsenales. A la caída de la tarde del 13, París está casi totalmente en manos del pueblo y el Comité Permanente, formado por los electores de distritos de París, es decir, la burguesía, decide, transformando el Comité en comuna o municipalidad parisiense, crear una milicia cívica como fuerza armada de la revolución.

Sin embargo, París, aunque en manos populares, peligraba. La fortaleza de la Bastilla amenazaba con sus cañones los barrios de los artesanos y de los obreros. El pueblo la asaltó. La toma de la Bastilla fue la primera victoria y allí se revelaron los protagonistas del proceso: al frente de la burguesía, empujada por obreros y mercaderes, artesanos y manufactureros, periodistas, comerciantes pequeños, profesionales liberales y en fin, desocupados, artistas, cargadores y cocheros. Como lo transcribe A. Manfred en su obra, “fueron, sin embargo, las gentes del pueblo las que desempeñaron el papel decisivo en la lucha armada del 14 de julio. Entre los vencedores de la Bastilla, sobre los que se poseen datos y detalles, figuran 51 carpinteros, 45 ebanistas, 28 zapateros, 28 jornaleros, 27 escultores, 23 obreros por horas, 14 taberneros, 11 grabadores, 9 joyeros, 9 sombrereros, 9 sastres, 9 marmolistas, 9 tableteros, 9 tintoreros y algunos mercaderes. Aún admitiendo que esta lista por profesiones de los hombres que tomaron parte en la toma de la Bastilla fuese incompleta, no deja de mostrar que la mayoría de los combatientes del 14 de julio eran obreros y artesanos”⁸.

Si se menciona el hecho puntual, es para subrayar la característica permanente de la revolución hasta su decadencia diez años después: la participación popular. Si bien la dirección estuvo en manos de letrados, políticos y agitadores salidos de la burguesía anti-feudal y anti-monárquica, el pueblo estuvo siempre como sostén. En 1793 fue central su protagonismo dentro del bloque jacobino que avanzó hacia una revolución democrática y popular. Los campesinos

5 SOBOUL Albert. La Revolución Francesa. Editorial DIANA, México, 1967, pp. 139.

6 La expresión de Tocqueville la recoge C.E. Labrousse en “Comment naissent les révolutions”, citado por Soboul, op.cit. pp. 27

7 MANFRED, op.cit., pp. 88.

8 Ibid., pp. 91

hicieron su parte en la gran alianza social: fueron los animadores de la destrucción de los rezagos feudales de la sociedad francesa y fueron los autores de una reforma profunda del agro. Después de la restauración monárquica no fue posible echar atrás lo logrado. Los cimientos del desarrollo del capitalismo francés estaban puestos sólidamente.

Las consecuencias de la revolución fueron vastas. Las ideas siguieron siendo llevadas más allá de las fronteras por los ejércitos napoleónicos. La nación francesa se consolidó en las guerras por defenderla de las monarquías absolutistas continentales y de la británica imperial. El mundo no volvió a ser igual después del siglo XVIII. La revolución sigue presente en lo jurídico y en lo institucional. Las sociedades de hoy han avanzado en la lucha por derechos sociales y más recientemente, por derechos colectivos y del medio ambiente. Pero los derechos subjetivos siguen vigentes y todavía se lucha por no dejarlos avasallar de las fuerzas antidemocráticas.

➤ La revolución soviética: de la espontaneidad a las técnicas del golpe de Estado

Si la revolución francesa presenció la acción magnífica de las masas, espontáneas y apenas organizadas, la revolución soviética está marcada por la aparición de las organizaciones políticas como encargadas de dirigir la acción de las masas. La organización es clave. La revolución francesa no fue el producto de una conspiración, ni el proyecto de un partido, ni el resultado de una predicción ideológica. La revolución soviética, en cambio, tuvo tras de su realización, una profecía política. No significa esto que fuera planeada. La teoría Marxista no le adjudicaba a una sociedad atrasada social y económicamente, el protagonismo de la revolución socialista. Pero las condiciones creadas por la primera guerra mundial hicieron que el régimen Zarista se hundiera. Ya antes, había producido un acumulado de expectativas revolucionarias frustradas.

En el siglo XIX el anarquismo había captado las simpatías de grupos medios de la sociedad rusa, de intelectuales y de jóvenes apasionados. El grupo Narodnaia Volia (la voluntad del pueblo) los llamados “narodniks”, intentaron mediante el terrorismo, decapitar la cúpula gobernante de un sistema autocrático y conservador como ninguno en Europa. Buscaban convertir el imperio ruso en un experimento de socialismo agrario y el mismo Marx llegó a pensar que la revolución rusa, dado el desarrollo incipiente de su capitalismo, podría tomar esa forma⁹. En 1905, en medio de la crisis provocada por la derrota de los rusos a manos del imperio japonés naciente, hubo una insurrección (la revolución de 1905) que si bien fue violentamente reprimida, dejó un resentimiento tal, que los lazos de las masas con la monarquía no volvieron a ser los mismo de antes¹⁰.

Ahora bien, la situación pre-revolucionaria en Europa y en Rusia en particular, era muy contradictoria. Se sentía en el ambiente la tensión cuando la guerra mundial exacerbó las crisis sociales y Rusia era el eslabón más vulnerable. Pero las teorías revolucionarias de estirpe marxista no consideraban la revolución fuera del modelo, presidido por la idea de que un modo de producción no cambiaba antes de haber agotado sus posibilidades de realización plena. Como lo expresa Eric Hobsbawm, “Rusia, madura para la revolución social, cansada de la guerra y al borde de la derrota, fue el primero de los regimenes de Europa Central y Oriental que se hundió bajo el peso de la primera guerra mundial. La explosión se esperaba, aunque nadie pudiera predecir en qué momento se produciría. Pocas semanas antes de la revolución de febrero, Lenin se preguntaba todavía desde su exilio en Suiza si viviría para verla¹¹”.

De manera simétrica, pocas semanas después de la revolución de febrero, Lenin está dedicado, al frente del partido Bolchevique, a organizar la “verdadera” revolución. Comprende muy pronto

9 SERVICE, Robert. Camaradas. Editorial B.S.A., Barcelona, 2009, pp. 52.

10 HOBBSAWM, Eric. Historia del Siglo XX. Editorial GRIJALBO-MONDADORI, Barcelona, 1996, pp. 64.

11 HOBBSAWM, op.cit., pp.67.

que en Rusia no es factible una revolución liberal y en pocos meses construye un partido fuerte y eficaz como fuerza directiva de los revolucionarios, como vanguardia política de esa vanguardia social, que según la teoría, es el proletariado. Y fueron los obreros y los soldados radicalizados, quienes constituyeron la fuerza de choque en Petrogrado. Se ha discutido mucho si la toma del poder fue producto de una insurrección o de un golpe de Estado. No hay contradicción, necesariamente, entre uno y otro concepto. La insurrección fue dirigida con los métodos de un golpe por los bolcheviques. El poder estaba casi vacante y los bolcheviques lo ocuparon. La tarea siguiente fue decidir si la revolución sería local o universal. El realismo se impuso y Lenin hizo triunfar la tesis del "socialismo en un solo país", entendido claro está, como paso inicial de consolidación para que después viniera la expansión.

La revolución fue fundamentalmente urbana. En las masas movilizadas estaban campesinos, si se tiene en cuenta el origen mayoritario de los soldados, pero el escenario social fue obrero y ciudadano. La dirección abordó de inmediato la implantación de los bolcheviques en el ejército como tarea esencial para mantenerse. Se pactó una paz, a costo alto, con Alemania para sobrevivir. La organización partidaria diseñada por Lenin fue la clave: el partido creció de manera extraordinaria en 1917 y contaba con 600.000 militantes para encabezar la tarea de sostenerse en medio de la crisis económica producida por la guerra y en frente de rebeliones armadas apoyadas desde el exterior. Sólo hasta el fin de la guerra contra Polonia en 1922, se sintió algún respiro.

Como conclusión, 1917 fue el escenario de la que vino a ser la teoría clásica de la revolución en el siglo XX (pero que, paradójicamente, no se repetiría en el siglo) vale decir, revolución proletaria, partido dirigente y dictadura de clase. Los sucesos históricos posteriores demandan una reflexión sobre lo que se entiende por proletariado y sobre su supuesta unidad de acción. ¿Por qué no se repitió el modelo? ¿Por qué no se cumplió la profecía en el mundo del capitalismo desarrollado? ¿Por qué el campesinado fue la fuerza fundamental en la otra gran revolución del siglo XX, la china? Estas y otras cuestiones todavía sacuden los mundos político y académico, y encuentran las más variadas respuestas.

> ¿Es homogéneo el proletariado?

En 1917 la profecía parecía tomar cuerpo: el proletariado dominaba la escena revolucionaria. Pero la historia nunca ha sido gobernada por las certidumbres y la propuesta de la revolución de octubre era la llegada a un estado de certidumbre. El proletariado estaba destinado inexorablemente a construir la sociedad nueva y se fundaba en una base "científica" (vale decir, "cierta") Pero en 1914, los proletarios de Europa habían traicionado la profecía al prohijar, muchas veces con entusiasmo, la guerra que se convirtió en mundial. Por otra parte, la definición marxista de "proletario" toma en cuenta solamente un aspecto parcial de su conformación como clase social: el carácter de asalariado, de vendedor de su fuerza de trabajo. La pregunta es y se formuló tempranamente, tras la primera guerra mundial: ¿es realmente homogéneo el proletariado? ¿Es realmente libertario? Dos aspectos vale la pena examinar para responder.

En primer lugar, más allá del carácter de asalariado hay una existencia cultural como en todo lo humano. En segundo lugar, el proletariado no se ha mantenido igual a sí mismo, desde su aparición con la revolución industrial hasta nuestros días. Los interrogantes aluden a calidad y a cantidad. Y dentro de la cantidad a proporción.

El proletariado moderno se transforma con el mismo ritmo con que se transforma la economía capitalista (y la episódica economía socialista) y se transforma la sociedad. En la primera época del industrialismo, que es la época de la revolución soviética, la mayoría de los asalariados pertenecía a la clase obrera "clásica", la llamada en inglés de "blue collar", el trabajador manual, el asalariado de la manufactura. Hasta la primera mitad del siglo XX, si una economía mostraba una proporción de trabajadores de los servicios (el sector terciario en la clasificación de Colin Clark) superior a la proporción de trabajadores directamente ocupados en la producción (el sector secundario) se la consideraba "anormal", o deforme, por las tasas de dependencia que una estructura tal hacía gravitar sobre la productividad del trabajo.

Hoy, las economías del mundo son, sobre todo, de ocupación mayoritaria en el sector de los servicios. Dicho de otra manera, el proletariado es mayoritariamente “no trabajador productivo” en los términos de Marx. La diferencia entre el trabajador manual, el obrero clásico y el no manual, el “white collar”, trabajador de “cuello blanco” o “de chaqueta”, es básicamente cultural y no es una diferencia despreciable para la comprensión de la acción social y política del proletariado¹².

En cuanto a la segunda pregunta, desde muy temprano fue advertido por los estudiosos del sindicalismo y de la política obrera, un rasgo no libertario de la clase obrera y una tendencia no democrática. Escribe Ralf Dahrendorf sobre el particular: “Quienes escribieron y cantaron sobre el nuevo mundo del proletariado sabían poco aparentemente de la mentalidad auténtica de las clases trabajadoras. Estas, contrariamente a lo que se cree en abstracto, tienden a ser más intolerantes que tolerantes, más nacionalistas que internacionalistas, hostiles a los libertarios y amantes del proteccionismo más que amantes de la libertad y abiertas”¹³.

Es el mismo Dahrendorf quien llama la atención sobre la obra de Seymour Martin Lipset para apoyar su punto de vista, Lipset apunta que “tanto la evidencia como la teoría sugieren que los estratos más bajos son relativamente más autoritarios, que se verán más atraídos hacia un movimiento extremista que hacia otro moderado y democrático, y que, una vez reclutados, no se verán alienados por su falta de democracia, mientras que sus partidarios más ilustrados o sofisticados tenderán a quedarse atrás, la constatación gradual de que los movimientos extremistas e intolerantes están basados más probablemente en las clases más bajas que en las medias y superiores (...) ha planteado un dilema trágico para aquellos intelectuales de la izquierda democrática que creyeron que el proletariado

tenía que ser una fuerza de libertad, de igualdad y de progreso social”¹⁴.

Las citas anteriores no son un argumento de autoridad aislado. Numerosos investigadores (Werner Sombart, entre otros)¹⁵ han expuesto conclusiones similares y el estudio de lo sucedido en Europa durante el periodo de entreguerras (1918 - 1939) (la vinculación proletaria a movimientos conservadores y a partidos fascistas) o las actitudes actuales de los proletarios de países desarrollados frente a los inmigrantes, o el racismo de los blancos pobres del sur de los Estados Unidos, que tienden a confirmarlos.

Para volver al primer interrogante, el de la diferencia cultural entre trabajadores de “cuello blanco” y trabajadores de “cuello azul”, unos y otros proletarios en el sentido de la definición de Marx, debe decirse que desde el nacimiento del oficinista, el proletario más nítido de los “cuellos blancos”, fue clara la brecha entre un sector que respondía al estereotipo del “explotado” enfrentado a los patronos y un trabajador de oficina que nace al mundo moderno como “empleado de confianza”. Pero no paran allí las diferencias. El oficinista está cerca de la cultura patronal. Se viste como los burgueses, habla un lenguaje alejado de lo popular y cercano al mundo de la élite, imita los gustos y aficiones de sus jefes mientras se aleja de los usos de los obreros. Su trabajo implica el manejo de conocimientos que no eran comunes entre los proletarios del siglo XIX y que le permitían sentimientos de superioridad sobre el trabajador manual. De manera simétrica, el obrero despreciaba al oficinista como un traidor a su clase. El obrero analfabeta y el oficinista letrado, vivían en mundos, no solo diferentes, sino enfrentados.

Las cosas han cambiado en la actualidad, pero todavía el trabajo manual (muchas veces mejor remunerado) y el no manual, implican diferencias culturales y de modo de vida. Como anota David Lockwood, agudo investigador

12 Uno de los mejores estudios sobre la cuestión de clase del trabajador de oficina, es el realizado por David Lockwood, *El trabajador de Clase Media*, en los años cincuenta.

13 DAHRENDORF, Ralf. *El Conflicto Social Moderno*. Editorial MONDADORI, Barcelona, 1993, pp.100.

14 LIPSET, Seymour Martin. *Political Man: The Social Bases of Politics*. John Hopkins University Press, Baltimore, 1981, pp. 97.

15 LOCKWOOD, Op. Cit. Pp. 132.

británico que realizó en los años cincuenta del siglo pasado uno de los mejores estudios que se conocen sobre el trabajador de la clase media, “hoy día, la diferencia entre los dos grupos no es tanto una cuestión de distinción clara de status como de agudo distanciamiento social. Como ha afirmado Centers, el hecho de que una persona sea trabajador de chaqueta no es tanto una razón para incluirlo en la clase media como para no incluirlo en la clase obrera”¹⁶.

La cuestión de la “conciencia de clase” es uno de los campos que mayor refleja la diferencia entre dos tipos de proletario. El oficinista moderno tardó mucho para adoptar modalidades de asociación sindical como las de las de la clase obrera clásica. El crecimiento del sector terciario de la economía, con el consiguiente aumento del número de trabajadores no manuales, ha reducido la auto percepción de estos como “empleados de confianza”. Hoy son tan anónimos como los obreros numerosos antes, minoritarios hoy, y se han acercado a las formas de lucha sindical tradicionales. Pero fue un proceso largo, para que en el siglo XX, ya bien estrado, se sintieran cómodos en los sindicatos.

La clase obrera clásica ya no volvió a ser protagonista de las revoluciones proletarias. Cada vez mejor pagada en el primer mundo, cada vez más conservadora y menos ideologizada, cada vez mejor educada pero también minoritaria en proporción, se alejó del conjunto mayoritario del trabajador de los servicios. Estos a su vez, cada vez más fragmentados y dispersos en una subdivisión también cada vez mayor de los oficios del sector de los oficios, no han tenido la misma propensión de la clase obrera clásica para asociarse, para identificar un interés común y para luchar unidos. Los protagonistas de las revoluciones se desplazaron. Mayo de 1968 en Francia marcó la distancia de los obreros frente a la radicalidad de los movimientos juveniles universitarios y estos, no pudieron articular sus utopías a los intereses de quienes suponían la posibilidad del espíritu revolucionario. En adelante los grupos de

interés se multiplicaron al tiempo con las formas organizativas para movilizar apoyos y luchar por objetivos concretos. Un buen ejemplo de esto es la crisis de los partidos políticos en todo el mundo y la aparición de movimientos sociales que le sirven de canal de expresión a grupos de intereses específicos que no se sienten cabalmente representados en los partidos.

Los protagonistas de las grandes revoluciones políticas posteriores a la soviética, han de buscarse en otras divisiones de las sociedades. La revolución china tuvo como fundamento el campesinado, mayoritario en esa sociedad, y triunfó, no por la vía de la insurrección como explosión episódica, sino por la guerra militar convencional. De Europa Oriental no puede decirse que hubiera hecho de manera autónoma revoluciones proletarias. Sencillamente, llegó el ejército rojo al final de la segunda guerra mundial y tras de él, las instituciones partidarias y estatales de la URSS, prestas para reproducir el esquema soviético. En Vietnam como en otras sociedades del tercer mundo, el cambio llegó de la mano de las luchas por la autonomía frente a las potencias colonizadoras. Fueron guerras nacionales antes que de clases. Solamente el clima ideológico de la guerra fría pudo invitar a una interpretación que acercaba todas las revoluciones al modelo soviético.

> La revolución: ¿del historicismo a la confusión?

La versión del marxismo que divulgó el Manifiesto Comunista (texto de batalla, de propaganda, antes que texto científico o filosófico) quedó totalmente en la orilla del historicismo determinista. La clase obrera tenía la misión histórica, ineluctable, de derribar el capitalismo y eliminar la sucesión de los modos de producción. Puestos en esos términos, adquiere los contornos de una utopía. La vuelta al paraíso perdido o la llegada de la ciudad de Dios. Por supuesto que el resto de la obra de Marx no pone las cosas en este

16 Ibid., Pp. 132.

plano, que puede parecer una caricatura, pero las versiones más simples de la educación partidaria dada por los comunistas, ponía las cosas en esa perspectiva. La posterior organización, cuasi religiosa, del partido soviético y de sus similares, dejó el sabor de una Iglesia con santo oficio monopolista de la verdad.

La discusión y la educación se tornaron mecánica pura en los Estados socialistas. Fue en el occidente capitalista donde pudo surgir una discusión más libre y compleja del asunto. En la Italia fascista de entre guerras comenzó una revisión sutil de las concepciones de la política partidaria. Antonio Gramsci, Secretario General del Partido Comunista de Italia, reverdece en la teoría marxista el papel de la superestructura ideológica. No es que Gramsci se aparte del historicismo radicalmente, pero sí da un paso adelante en la elaboración de una teoría de la revolución, cuando afirma que el marxismo es también una superestructura. Gramsci reivindica el papel de la política al concederle cierto grado de autonomía. Su concepción del “bloque hegemónico” implica que una dominación política no es solo el monopolio de los instrumentos del poder, sino también la posibilidad de dirigir la sociedad en el plano cultural y moral, y esa dirección es necesaria para la conservación del poder, tanto como el monopolio de la fuerza¹⁷.

La política entonces, no sería meramente un epifenómeno de la estructura material (económica y social) sino un campo que es determinado también por tradiciones, por la cultura, la historia y el papel de grupos y personalidades. La política no sería solamente una manifestación condicionada por la estructura, sino a su vez condicionante de la misma, sin que eso signifique primacía. El trabajo intelectual es puesto en un plano de relevancia como factor ineludible de la dirección política. La perspectiva gramsciana valora el papel del Estado en una medida mayor que la concepción elemental de “instrumento de dominación” de las clases dominantes. El Estado es también arena de confrontación en la cual hasta el dominado puede

tener un lugar constitucional y legal, incluso para reconocerse en su condición subalterna y para desde el mismo lugar, confrontar el orden existente. Buena parte de los desarrollos políticos de los comunistas de occidente, tras la segunda guerra mundial, fueron influidos por Gramsci y en particular el partido comunista italiano, pionero del llamado “eurocomunismo” en los años setenta y ochenta del siglo XX. La consecuencia más importante del pensamiento de Gramsci fue el planteamiento de que en sociedades más complejas y desarrolladas que la Rusia Zarista de 1917, la batalla por el campo cultural y moral puede socavar la dominación burguesa y abrir el campo para un paso al socialismo en condiciones diferentes a las expresadas por la versión leninista de la Unión Soviética.

> Las revoluciones de hoy: “¿revolución o turbulencia?”

En los tiempos que corren crecen las incertidumbres. Para un comunista de los años setenta, para no ir más atrás en la historia, el espectáculo de un partido que se llama comunista y es el heredero de una larga lucha por el socialismo, el partido chino, dirigiendo una sociedad cuya economía es no sólo capitalista, sino de un tipo particular de “capitalismo salvaje” porque en la China de hoy enormes masas de asalariados no disfrutaban de las más elementales de las conquistas de los trabajadores de occidente, de esas logradas en siglo y medio de luchas sindicales, sería algo inconcebible. El mundo al revés o el espejo de Alicia en el País de las Maravillas.

Al lado de ejemplos como el mencionado, surgen otras paradojas. Hoy se ven movimientos sociales contestatarios pero no revolucionarios. ¿Cuál es el carácter de “Los Indignados”? No pretenden cambiar la economía de mercado ni las instituciones económicas del capitalismo. Piden que funcionen bien, que haya transparencia, que se erradique la corrupción y que haya controles estatales de las actividades financieras sobre todo. No son revolucionarios estrictamente, a menos que la corrupción fuera considerada

17 Sobre el pensamiento de Antonio Gramsci, interesa especialmente la compilación de textos “Cuadernos de la Cárcel” editados en español por Siglo XXI.

tan elevada y arraigada, que combatirla ya sea algo revolucionario. Pero definitivamente, no son movimientos anticapitalistas. Otros ejemplos plantean interrogantes más complejos. ¿Son revoluciones los regímenes populistas latinoamericanos de la actualidad, o sólo regímenes reformistas?

La confusión aumenta cuando se constata que hay movimientos terroristas sin ideología clara ni programa revolucionario, amén de no tener fundamento nacional. Son terrorismos “de castigo” para el opresor real o supuesto, pero no han propuesto cambios o los que proponen son regresivos, como sucede con muchos fundamentalismos religiosos que aparecen tras los terroristas como justificación. Grandes convulsiones de la historia reciente, responden a las luchas por motivos de identidad étnica, como las guerras de los Balcanes o la tragedia de Ruanda y Burundi, entre muchos ejemplos.

En América Latina han vuelto los populismos indefinibles en términos ideológicos. Sobre el caso más notable, el de Venezuela, hay toda clase de interpretaciones: socialismo del siglo XXI, cualquier cosa que eso signifique, o reemplazo de élites por la vía de la corrupción, como dicen los detractores del experimento. Muchos ven elementos fascistoides tras la máscara del socialismo. Lo cierto es que el soporte social son masas de desposeídos que reciben subsidios y son objeto de políticas incluyentes y en ese sentido son una especie de *sans culottes*¹⁸ de nuevo cuño, en tanto reivindicadores de la igualdad y víctimas supuestas de los detentadores de ventajas económicas o políticas.

El concepto de revolución está entonces presidido por la confusión. El campo de investigación está abierto para intentar caracterizar los movimientos carentes de una ideología clara, que se basan en ideales de igualdad pero que no tienen “profecía histórica” por carencia de objetivos bien definidos y que con frecuencia son derrotados por ineficaces. Son, por lo general, presididos por un lenguaje crítico pero sin propuestas alternativas. En América Latina siempre se ha dicho de estos populismos “que acaban con las dinámicas existentes, pero no crean alguna nueva”.

Bibliografía

1. C.E. Labrousse, en “Comment naissent les révolutions”.
2. Dahrendorf, Ralf, El Conflicto Social Moderno, Editorial MONDADORI, Barcelona, 1993.
3. Hampson, Norman, Historia Social de la Revolución Francesa, Alianza Editorial, Madrid, 1970.
4. Hobsbawm, Eric, Historia del Siglo XX, Editorial GRIJALBO-MONDADORI, Barcelona, 1996.
5. Kahler, Erich, Historia Universal del Hombre, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, cf. Sobre el carácter de la sociedad norteamericana, en el capítulo “Anarquía y Trascendencia del Mundo Secular”.
6. Lipset, Seymour Martin, Political Man: The Social Bases of Politics, John Hopkins University Press, Baltimore, 1981.
7. Lockwood, David, El Trabajador de Clase Media, Editorial AGUILAR, Madrid, 1981.
8. Manfred, A., La Gran Revolución Francesa, Editorial GRIJALBO, México, 1964.
9. Maurois, André, Historia de Inglaterra, Ediciones ERCILLA, Santiago de Chile, 1941.
10. Service, Robert, Camaradas, Editorial B.S.A., Barcelona, 2009.
11. Soboul Albert, La Revolución Francesa, Editorial DIANA, México, 1967.
12. Sobre el pensamiento de Antonio Gramsci, interesa especialmente la compilación de textos “Cuadernos de la Cárcel” editados en español por Siglo XXI.
13. Sobre las guerras civiles inglesas del siglo XVII, véase el periodo de la Restauración de Cromwell, en: Maurois, op.cit. Libro Quinto.
14. Uno de los mejores estudios sobre la cuestión de clase del trabajador de oficina, es el realizado por David Lockwood, El trabajador de Clase Media”, en los años cincuenta.

18 HAMPSON, Norman. Historia Social de la Revolución Francesa. Alianza Editorial, Madrid, 1970.